

mente agitan con calor las alas de sus corazones.

Fracasados tantas veces en los campos de la política á cuyo innoble ejercicio han consagrado preciosas porciones de su energía batalladora, una inconformidad los aguija y los lanza con precipitación y sin maduro criterio á hacerse sentir de cualquier modo en la marcha de los negocios públicos, no como factores decisivos en el rumbo que deba seguir en ocasiones solemnes, sino como eternos y sufridos remolcadores de las determinaciones del Estado dominante, que trata y contrata á su sabor en nombre de los pueblos que han de sufrir en cualquier caso las consecuencias de todos los desaciertos gubernamentales.

Comprendo la razón germinal de tales impaciencias. Hay en vosotros una conciencia embrionaria que empieza á darse cuenta de la amplitud de la vida y de la cantidad de labor libre y fecunda que á ella corresponde hacer en ese campo. Pero hermanos, la precipitación en los empeños malogró siempre en la vida la fuerza de las mejores intenciones.

Entiendo que os habéis movido ahora en un momento de romántico delirio, no por disculpable menos digno de que se yerga ante él la fraternal censura de la verdad. La desnuda franqueza y la gran sinceridad con que siempre os he hablado, me autorizan para venir á poner esta nota discordante en el concierto de vuestros entusiasmos de esta ocasión.

Hay una deuda legendaria que pesa, como losa terrible, sobre el llamado decoro de Costa Rica. Para los políticos patrioterros, altos y bajos, de que está lleno el país, ese peso significa descrédito por el incumplimiento de un sagrado compromiso nacional; para los hombres puros y emancipados que ya no van siendo escasos entre nosotros, ese peso significa falta de virilidad de un pueblo que así consiente que se comercie con su nombre y se especule con su dignidad.

Siempre se ha dicho aquí, en secreto y en público, que del capital prove-

niente de los empréstitos generadores de la deuda, no ha aprovechado el país en obras materiales sino una insignificante cantidad que está ventajosamente pagada con las remesas de dinero que hemos hecho destinadas al servicio de la deuda.

¿A qué arcas ignoradas ha ido á parar entonces el grueso de esa deuda?

He aquí la pregunta que todos se hacen en privado y que todos debiéramos hacer en público como acto previo á todo intento de arreglo. Esta declaración que he recogido para lanzarla entre vosotros, no es un vano producto de mi fantasía. La han hecho en el seno del Congreso, de ese Soberano Congreso que vosotros habéis ayudado á fabricar con la argamasa deleznable de vuestros votos inconscientes, muchos de los personajes que allí ocupan una curul y ganan un sueldo.

Esos personajes han agregado que la única obra de utilidad pública proveniente de los empréstitos que debe el país, es el ferrocarril al atlántico: y ese ferrocarril, hermanos, verdadero centro de extraña tiranía para el trabajador en nuestro suelo, está entregado por noventa y nueve años á la usura extranjera.

¿Dónde está la mengua de su decoro al no pagar?

Los acreedores ingleses de Costa Rica, intentaron cierta vez obtener amparo de su gobierno para exigir el pago con la amenaza de sus acorazados: y aquella entidad dominadora cuya norma de justicia quedó impresa en la inmensa hecatombe del Transvaal, se negó sin embargo á intervenir alegando que el gobierno inglés no podía convertirse en cobrador de empresas usurarias.

Tal declaración emanada de los despreocupados conquistadores del Sur de Africa, hace para nosotros la prueba moral incontrovertible de la injusticia de esa deuda.

Los estadistas que sin rubor confiesan tal verdad para reclamar servilmente la sujeción á la fatalidad de los hechos consumados, parten de un criterio—el suyo—bien otro, hermanos,